

La relación de Antonio Caparrós con el psicoanálisis: inicio y fin

Blanca Anguera
Universidad de Barcelona

Hace años tuve la suerte de ser alumna de Antonio Caparrós y a él le debo, entre otras muchas cosas, el amor por el estudio de la Historia de la Psicología. Quiero compartir hoy con ustedes recuerdos de esa experiencia trazando unas pinceladas sobre las características de aquellos años universitarios y especialmente mencionar la vinculación de Antonio con el psicoanálisis.

Cuando lo tuve como profesor eran ya los últimos años de la dictadura, pero ésta continuaba manifestándose áspera y dura, sesgando la vida de algunos jóvenes y encerrando y reprimiendo a muchos otros. La presencia de «los grises» en el ámbito universitario era casi cotidiana y durante el curso, que entonces tenía una duración de nueve meses, las aulas podían quedar cerradas más de la mitad del tiempo. Es necesario añadir que todas, absolutamente todas, las clases debían darse en castellano.

Pero a pesar de las múltiples prohibiciones de reunión, de expresión, de libertad en definitiva... ¡qué pasión había por aprender, por leer, mucho más allá de los libros que sugerían los profesores, también en discutir los autores que nos interesaban, en preparar exposiciones y seminarios!

Ahora bien, los alumnos no estábamos solos, había también profesores activos como «el Capa» que eran hostiles a la dictadura y trabajaban para una universidad abierta a la cultura, a la autonomía y a la lengua catalana. Cuando teníamos clase con él la disfrutábamos a fondo porque existían unos vínculos invisibles pero potentes de complicidad y comunicación.

Antonio daba las clases de pie, andando ligero, expresándose deprisa, con energía, impulsando el diálogo, estimulando la crítica y enseñando (¿qué «enseñamos» los profesores cuando enseñamos?) que *el humor es un buen aliado del aprendizaje*. En mi recuerdo Caparrós era un profesor que *tenía y compartía humor*, y a mi entender el buen humor también es parte de lo que una universidad debe valorar, cuidar y potenciar porque, ciertamente, el trabajo es loable pero también lo es la alegría. En sus clases nos sentíamos afortunados de poder estar en la universidad, de poder estudiar, y esta fortuna la queríamos compartir.

Nos mostraba los conflictos entre diversos modelos de la psicología, sus aportaciones y también sus límites, pero *era en el modelo psicoanalítico en el que ponía más pasión*. Triunfaba entonces en psicología el modelo conductista y eran poquíssimos los profesores que hablaban con respeto de Freud. La mayoría optaba por el silencio, tratando así de omitir la existencia del psicoanálisis.

Antonio lo planteaba de un modo muy distinto: sin ningún miedo declaraba la audacia y el genio de Freud para penetrar en el corazón del hombre, señalaba que el psicoanálisis no *midió* como otros modelos psicológicos aspectos externos sino que penetró en el volcán psíquico, en sus conflictos y angustias, y *en este espacio emocional del que aún ahora nos falta tanto por comprender* Freud osó iniciar su exploración.

Más allá del famoso tema de la sexualidad, tan a menudo distorsionado y mal entendido, Antonio subrayaba la fuerza del deseo infantil, la importancia de las emociones y la validez del enfoque evolutivo freudiano:

«El enfoque genético con que Freud accedió al estudio de la conducta humana fue la llave que le abrió las puertas del inconsciente como ámbito del psiquismo pulsional y afectivo» (Caparrós, 1976, p. 383).

Pasión no es necesariamente idealización, por tanto Antonio también señalaba los límites del psicoanálisis y de Freud, sus incertidumbres y sus errores pero sin perder de vista su genialidad y las aportaciones extraordinarias que le debemos. Además, Antonio asumía también los límites propios, al mencionar abiertamente que él no podía captar a fondo el significado de la relación transferencial por no haber vivido una experiencia psicoanalítica.

Más allá de las clases, se comprometió a dirigir tesis de contenido estrictamente psicoanalítico y en la a menudo larga ruta que implica realizar una tesis, jamás le oí, en mi caso, criticar la opción teórica, sino todo lo contrario. De hecho, también él había optado años antes por hacer su tesis doctoral sobre Erich Fromm, un autor que, a su manera, exploraba también lo inconsciente. Pero el interés de Antonio por el psicoanálisis está presente en su vida mucho antes de la elaboración de su tesis. Como señaló magistralmente el Dr. M. Siguan en la lección inaugural de este curso académico 2001-2002, a Caparrós «lo que sobre todo le interesaba eran las doctrinas de Freud y, en general, las psicoanalíticas, como una nueva manera de entender el comportamiento humano. Concretamente en Viena se familiarizó con la obra de Victor Frankl, un psicoanalista de orientación existencialista, muy conocido por la descripción de su experiencia en un campo de concentración nazi» (Siguan, p. 8).

Como sabe cualquier psicólogo, sea de la orientación que sea, estas primeras elecciones teóricas no son nunca un azar y en Antonio Caparrós el vínculo con este modelo psicológico perduró, como veremos, hasta el final. Por esto recordaré algunos de sus textos donde reflexiona sobre el psicoanálisis.

En 1975 publicó su tesis doctoral con el título «El carácter social según Erich Fromm». En este trabajo exploraba a un autor que había intentado integrar una doctrina sociológica, el marxismo, con una psicológica, el psicoanálisis. Después de trabajar a fondo los textos del autor, Caparrós reconoce el valor ético de las ideas aportadas por Fromm y su atractivo, pero niega el carácter científico de las ideas freudomarxistas porque de hecho diluyen las aspiraciones científicas tanto del psicoanálisis como del marxismo, para ponerlas al servicio de una doctrina de salvación. Como señala Siguan: «No parece exagerado pensar que con esto (Antonio) respondía a sus propias preocupaciones y que,

después de querer escapar a una metafísica religiosa por el camino de unas explicaciones estrictamente científicas, se resistía a admitir que se las convirtiera en un sucedáneo de religión» (Siguan *op.cit.* p. 14).

Caparrós continuó mostrando su interés por este tema al publicar el artículo «Apuntes históricos al freudomarxismo» (1975) donde analizó las aportaciones de diversos autores más allá de Fromm, como S. Bernfeld, W. Reich y O. Fenichel en el ámbito alemán y Politzer y Neville en Francia. En este texto señalaba que los propósitos perseguidos por los freudomarxistas eran entender el comportamiento de las masas proletarias. Estos autores pensaban que este comportamiento no era algo mecánico dependiendo únicamente de las condiciones materiales, sino que las estructuras psíquicas debían también tenerse en cuenta, y consideraban que el psicoanálisis podía ayudar en esta tarea ya que la tradición marxista estaba caracterizada por un fuerte antipsicologismo. Después de analizar a fondo el movimiento freudomarxista Caparrós expresó abiertamente su opinión:

«Nadie pone en duda que la obra de un Reich y la de un Fromm han contribuido a la toma de conciencia de la historicidad interna de los conceptos freudianos y de las leyes psicoanalíticas [...] pero esto no justifica en absoluto la aceptación de un criterio absolutamente extrínseco a la propia teoría psicoanalítica y a los datos derivados de su método, como criterio de lo que es o no es válido dentro del psicoanálisis. Y esto es lo que hacen los freudomarxistas cuando de una forma abstracta y absolutamente formal van despojándose de la crítica de la religión, de la explicación psicológica de algunos mecanismos sociológicos, de la pulsión de muerte y de la agresividad. Con este método y con esta actitud del todo «reverencial» hacia el marxismo soviético poco es lo que pudieron profundizar en las posibles relaciones entre marxismo y psicoanálisis» (Caparrós, 1975, p. 30).

La crítica de Caparrós señalaba que el eclecticismo de los freudomarxistas acaba por desvirtuar al psicoanálisis. Y éste es un aspecto que hay que subrayar: es mucho más fácil y consolador leer a un Fromm y a un Reich que estudiar a Freud. Éste siempre ha sido un buscador y defensor de la verdad y la verdad es a veces, como todos sabemos, muy dura y dolorosa. Antonio dedicó lo más importante que tenemos los seres humanos, tiempo, al estudio del freudomarxismo pero jamás confundió la talla intelectual de Freud con autores que estaban sentados a sus hombros.

Ciertamente para Antonio, lo científico, lo racional, era importante y en sus clases debatíamos sobre «qué es esa cosa llamada ciencia». También en sus escritos históricos transmitió la interminable ansiedad de los psicólogos para autodefinirse como científicos y la constante crisis babélica en el campo psicológico:

«Desde la constitución de la psicología como disciplina independiente los psicólogos han proclamado insistentemente que son científicos. Y al mismo tiempo, paradójicamente, nunca han faltado entre ellos quienes al contemplar la psicología en su globalidad han reconocido en ésta una disciplina en crisis permanente. [...] Aun considerando a la psicología como una ciencia, es una ciencia que desde sus inicios y de forma ininterrumpida ha presentado un rasgo que no se da en las ciencias convencionales y que es característico de ella: la propia conciencia de crisis» (Caparrós, 1991, p. 17).

Frente al reiterativo y tópico comentario de que «el psicoanálisis no es científico» cosa que oíamos día sí y día también y que aún hoy se escucha en algunas facultades de psicología, Antonio, en vez de condenar, se tomaba el trabajo de estudiar seriamente a Freud y, después, reflexionar y escribir sobre el estatus epistemológico del psicoanálisis. Este talante ya queda claro en sus famosos *Apuntes de Historia de la Psicología* (1976). Este texto enorme (3 volúmenes, con un total de 915 páginas en papel tamaño folio y letra pequeña) daba cuenta de sus numerosas lecturas y las reflexiones que le generaban. Éste era el material central y prácticamente único de Historia de la Psicología en aquellos años, *Apuntes de Historia* de Caparrós que hoy, tantos años después, integran una visión de la psicología europea mucho más amplia y rica que algunos textos de autores anglosajones actuales. En las numerosas páginas que dedicó a Freud expresó sin tapujos su consideración del estatus epistemológico del psicoanálisis:

«El sistema científico creado por Freud ocupa un lugar muy especial dentro de la psicología científica. (...) No nos convence decir que el psicoanálisis es una simple ciencia ideográfica que trata de comprender al individuo concreto. El psicoanálisis en cuanto a terapia se centra en la comprensión del individuo, pero en cuanto teoría científica pretende también hacer una generalización a partir de aquella comprensión del individuo» (Caparrós, 1976, p. 267).

Nuevamente en su libro *Introducción histórica a la psicología contemporánea* (1979) enfatizó su postura:

«Somos de la opinión de que los psicoanalistas deben considerarse como una comunidad científica particular con unidad interna a pesar de sus muchas subescuelas, con unos objetos compartidos por sus miembros, con unas reglas metodológicas, con unos postulados teóricos, con un sistema de instrucción para sus futuros miembros, con unos canales propios institucionalizados de comunicación» (Caparrós, 1979, p. 39).

Justamente su interés en este tema se constata a la vista de las diversas matizaciones y reflexiones que irán apareciendo a lo largo del tiempo en sus escritos. Así, en *La psicología y sus perfiles. Introducción a la cultura psicológica* (1984), libro donde Caparrós quiere dejar claro y desde el inicio que «en psicología son muchos y muy importantes los asuntos sobre los cuales apenas cabe otra cosa que trazar sus perfiles» (p. 10), mostrará un nuevo vértice de reflexión: en este libro describe al psicoanálisis como «una tecnología revolucionaria» subrayando que «las teorías tecnológicas también pueden ser grandes» (p.359) y enfatizando que la revolución freudiana alcanza también lo cultural:

«Freud, un médico de formación rigurosa y con vocación de cura decidida, llevaría a cabo esa revolución. Ésta no se restringiría a las ciencias, tecnologías y profesiones comprometidas con la salud y enfermedad. Fue también una revolución cultural como las de Darwin y Marx. Los supuestos paradigmáticos que tomaron cuerpo en la obra freudiana y algunos de los logros teóricos que generaron han pasado a ser componentes del entramado de supuestos que constituyen el apriorismo cultural de Occidente a través de una dialéctica de recepción larga, sinuosa y compleja» (Caparrós, 1984, p. 354).

Naturalmente, conoce las múltiples críticas al modelo freudiano y el defensivo atrincheramiento de algunos analistas, pero no se inhibe frente a ellas sino que propone un retorno a Freud, y esto significa un estudio profundo de su texto y sus ideas:

«Desde su surgimiento el destino del freudismo ha sido el blanco de las críticas y las controversias más agudas. [...] No obstante, la falta de perspectiva de muchas de aquellas críticas y la infecundidad de este dogmatismo han tenido un efecto saludable, que estimamos decisivo para el futuro del freudismo: el retorno a Freud, retorno que significativamente ha sido iniciado ya por algunos filósofos –Ricoeur, Apel, Habermas, Fougeyrollas, etc.– y que se ha revelado promisorio a la hora de mostrar el alcance antropológico del pensamiento freudiano. [...] Lo que nos parece ya más problemático es que las ideas freudianas alcancen de una forma decisiva el ámbito de la psicología científica que no acepta el enfoque freudiano de la misma y que se fundamente en gran parte en el conductista» (Caparrós, 1976, p. 388).

Cosa que Antonio lamentaba al considerar que la aportación de Freud da una visión del ser humano mucho más profunda, compleja y cercana a la realidad psíquica.

La comparación entre conductismo y psicoanálisis aparecerá de nuevo en un artículo titulado «Neoconductismo y psicoanálisis: sentido de una aproximación y de una crisis» (1977). En este trabajo relata que la psicología académica, de orientación básicamente conductista, se cerró en un principio al psicoanálisis porque los psicólogos experimentalistas estaban demasiado preocupados por alcanzar su identidad científica como para poder ocuparse de los problemas clínicos. Pero llegó un momento que necesitó encararse con ellos y:

«Al hacerlo se encontró con la única teoría psicológica que de hecho los afrontaba: la psicoanalítica. Este hecho explica el interés con que buena parte del neoconductismo acogió al psicoanálisis, especialmente a lo largo de los cuarenta» (Caparrós, 1977, p. 81).

Para él, esta aproximación enriqueció con importantes conceptos motivacionales algunas de las teorías neoconductistas del aprendizaje, pero este hecho obedecía a la vocación pragmática de la psicología americana que exigía una apertura a los problemas clínicos. Por esto «la luna de miel» fue abandonada casi de repente en los años cincuenta, cuando aparecieron las terapias conductuales y se desarrolló entonces un rechazo casi feroz del psicoanálisis, cosa que a Caparrós no le parece ni lógico ni coherente porque:

«Los terapeutas de orientación conductista han de ser bien conscientes –algunos lo son pero no todos– de que lo promisorio de sus resultados no supone que no queden aún muchos problemas por resolver. Los problemas de lo normal y patológico tienen muchas dimensiones, entre ellas las culturales y sociales, cuyas relaciones y significación no siempre son tenidas en cuenta en su contexto» (Caparrós, *op.cit.* p. 82).

A Caparrós le interesaba mucho comprender el comportamiento humano, los conflictos y las ambigüedades bien reales del psiquismo de cada persona.

Este aspecto se capta en su trabajo sobre «El pensamiento antropológico de S. Freud» (1976). Para Antonio, Freud realizó «un doble giro copernicano en la antropología». Por una parte, situó en el centro el inconsciente pulsional-biológico como fuente de sospecha permanente sobre la ambigüedad psíquica. Por otra, la fuente inagotable de afectividad. Sencillamente, para Caparrós, a partir de Freud los aspectos más intelectuales no pueden ser considerados al margen del entramado de la vida afectiva.

Como alumna recuerdo especialmente el significado del famoso complejo de Edipo descrito por Caparrós en su clase. En vez de explicar este complejo de una manera esquemática y diluida permitía comprender, *a quien quería escucharle*, su significación: que el triángulo familiar es tan vitalmente necesario como el pulmón o el corazón porque en su seno es donde se experimenta el drama de cada criatura humana. La fragilidad con la que nacemos vincula biología y cultura. Apropiándonos como esponjas de las identificaciones y relaciones con las personas que hacen función de padres nos convertimos en materia psíquica, en cultura, en historia personal y social. Sólo por esa clase ya le debo gratitud pero, como mencioné al inicio, le debo muchas más cosas.

Ahora, al finalizar, quiero subrayar que si seguimos su pensamiento nos damos cuenta de que el vínculo de Antonio con el psicoanálisis permaneció hasta el final porque *es impactante comprobar que desde su primer trabajo publicado hasta su última entrevista que apareció como «testamento» en La Vanguardia el día 30 de mayo del 2001, Antonio menciona y tiene espacio mental para una teoría psicológica: la psicoanalítica.*

Escribe el periodista: «A lo largo de la conversación Caparrós citó tres veces la palabra ‘fantasmas’. Soltó una carcajada cuando se lo hice notar. Aunque no era freudiano, me dijo, había estudiado bien a Freud y sabía que los fantasmas incentivan, interrogan en la búsqueda de la racionalidad que subyace en todo lo irracional.

–¿Le gustaría psicoanalizarse tumbado en un diván? –le preguntó el periodista.

–A mi edad, ya no merece la pena. Ya estoy reconciliado conmigo mismo». Te creo Antonio. Gracias.

REFERENCIAS

- Caparrós, A. (1975). *El carácter social según Erick Fromm*. Salamanca: Sígueme.
- Caparrós, A. (1976). *Apuntes de Historia de la Psicología*. Esplugas de Llobregat: CEU.
- Caparrós, A. (1977). Neoconductismo y psicoanálisis: sentido de una aproximación y de una crisis. *Anuario de Psicología*, 17, 56-86.
- Caparrós, A. (1979). *Introducción histórica a la psicología contemporánea*. Barcelona: Rol.
- Caparrós, A. (1975). Apuntes históricos al freudomarxismo. *Anuario de Psicología*, 13, 5-35.
- Caparrós, A. (1984). *La psicología y sus perfiles. Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona: Barcanova.
- Caparrós, A. (1991). Crisis de la psicología: ¿singular o plural? Aproximación a algo más que un concepto historiográfico. *Anuario de la Psicología*, 51, 5-20.
- Siguan, M. (2001). El Rector Caparrós i el futur de la Universitat de Barcelona. *Inauguració del Curs Acadèmic 2001-2002*. Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- La Vanguardia*, Barcelona, miércoles 30 de mayo 2001, página. 32.